

NVS CONIVNX DVLCISSIMVS CONTRA VOTVM POSVIT (idem, n. 585, an. 408).—(Véase también á Fabretti, c. VIII, nn. 176, 177.—Vettori. *Dissert. phil.*, pág. 28, etc.).

Todavía puede citarse un monumento del claustro de San Ambrosio, el cual dice que NONNITA vivió cuarenta años, que pasó diez y nueve con su marido, el exorcista SATVRVS, el cual, después de una separación prematura, la levantó un sepulcro CONTRA VOTVM. La misma piedra contiene también el epitafio de una hija de estos dos esposos, llamada MAYRA, muerta á los veintiséis años, siete meses y diez y seis días, y llorada por su marido CONTRA VOTVM. Pueden verse estas inscripciones en Ferrari (*Monum di San Ambrogio*, páginas 54 y 55). Tenemos todavía del mismo origen el *titulus* de un marido al cual su mujer LANVARIA da una prueba de amor y de pena análogos: CONIVGI. DVLCISSIMO. CONTRA VOTVM POSVIT (véase también á Gruter, pág. 1050, IV; 1139, XIII.—Doni. cl. XII, 75, para ejemplos análogos).

La misma fórmula es también adoptada por los hermanos, parientes y amigos, para sus hermanos, parientes y amigos (Gruter, 105, I.—Muratori, 1873, III; 1932, I), y aun por los libertos respecto á sus patronos (Gruter, 1025, V). No es raro ver, asimismo, niños que usan esta fórmula para expresar el dolor que les produce la pérdida de sus padres, de los que algunos han fallecido de edad muy avanzada. He aquí otro fragmento de San Ambrosio (Ferrari, pág. 57):

.....
QVI VIXERVNT IN
SECVLO. ANN. LXXX. FILII. CON
TRA. VOTVM. POSVERVNT.

Ha podido observarse que la mayor parte de las inscripciones que hemos citado son de Milán, y no son las únicas que podríamos transcribir para nuestro objeto. El abate Gazzera, en sus *Inscripciones del Piamonte* (pág. 84), trae una de Verceil que ofrece esta ligera variante: CONTRA VOTA. ¡Puede concluirse de aquí que la fórmula en cuestión estaba locali-

LEONI BENE MERENTI IN PACE

adoptada por los cristianos, porque no tenía ningún carácter esencialmente religioso. También Boldetti, que había visto un número considerable de mármoles en los que estaba trazado este signo, se admira de buena fe de que Papebroeck hubiera tomado por un monumento pagano el epitafio de la mártir Argiris, por la sencilla razón de haber observado estas figuras de corazón. A veces este signo está cortado por una línea transversal, lo que le da la apariencia de un corazón atravesado.

Los sabios han estado mucho tiempo discordes sobre la interpretación de ese signo;

zada especialmente en las provincias de la Galia cisalpina? Nos decidiríamos á suponerlo así, viendo que uno de los raros ejemplos de esta expresión de dolor que se observa en las colecciones de inscripciones romanas (dos en Boldetti, tres ó cuatro entre las 3.174 inscripciones fechadas que ha publicado M. De' Rossi.), se refiere también á un ciudadano de Pavia que, habiendo sido sorprendido por la muerte en Roma, recibió allí los honores de la sepultura de un pariente que parecía haber sido su compañero de viaje: ADFINIS. DEPRENSVS. IN. LOCO. PEREGRE, y que tuvo cuidado de no olvidar el CONTRA VOTVM en el epitafio que le consagra. No podemos dispensarnos de copiar este monumento, curioso por más de un título (véase Boldetti, pág. 441):

E. D. M.

ET BONE MEMORIE AVR.
LEVCADI CIVI TICINENSI. FILIO
AVR. GRECIONIS QVI VIXIT. ANNIS
PLVS MINVS. XXV. ADFINIS. DE
PRENSVS. IN. LOCO. PEREGRE. CON
TRA VOTVM. FIERI. CVRAVIT.

No entra en nuestros propósitos enumerar aquí las expresiones de dolor ó de sentimiento que se leen en los mármoles antiguos: esta enumeración sería inacabable. Nos limitaremos á observar que, en algunas inscripciones de la Galia de la primera Bélgica especialmente (véase Le Blant, I, 367), el *contra votum* está sustituido por fórmulas que tienen casi el mismo sentido, por ejemplo: PRO DILECTIONE POSVIT ó POSVERVNT (pág. 366).—VINCVLO. CARITATIS. ET. STVDIO. RELIGIONIS. TITVLVM. POSVERVNT. (páginas 341, 377, 386, 400, 405, 414).—PRO CARITATE (415).—PRO AMORE. UN *TITULUS* de Roma, del año 302 (De' Rossi. I, n. 28), presenta esta fórmula, casi semejante: PRO PIETATE.

CORAZÓN.—Con frecuencia se ve grabada en los mármoles cristianos la figura de un corazón: está algunas veces repetida después de cada palabra, ó solamente al principio y al fin de cada línea..... Es una costumbre antigua

pero la opinión común ve en él una simple señal de puntuación (Reines. *Syntagm. inscr.* Præfat., pág. 7.—Fabretti. *Inscr. domest.*, c. III, n. 5), ó bien un adorno sin significación imaginada por los *quadratarii*. Inscripciones no funerarias, por ejemplo, en las mesas de juego (Lupi. *Epitaph. Ser.*, pág. 56), y nuestro artículo *Juego (Mesas de)*, donde se notan estas especies de corazones, que podrían ser muy bien hojas de árbol, se oponen en absoluto á que se vea allí una idea de dolor ó de duelo, ó de pena de los vivos por los muertos, como algunos intérpretes han querido hacer. Por la

inscripción del mosaico de la tribuna de Santa Cecilia en Roma, que Boldetti publica después de Ciampini (*Vet. monim.*, t. II, tav. LI), se ve que este género de puntuación estuvo en uso hasta el siglo IX, porque ese mosaico data del pontificado de Pascual I, que gobernaba la Iglesia en 817. Además, como los versos de esta inscripción métrica están trazados unos á continuación de otros en el arco mayor, los artistas han puesto la figura de un corazón al final de cada uno para evitar confusiones.

Una inscripción de Africa, publicada por M. León Renier (*Inscr. de la Argelia.*, 1891) viene á resolver la cuestión: estos signos son llamados allí *hederae distinguentes*.

Debemos, sin embargo, notar aquí un monumento muy singular, aunque su singularidad misma, unida á la poca exactitud de los dibujos de Boldetti, deba hacernos sospechosos: es un mármol del cementerio de Santa Inés (véase Boldetti, pág. 373) en el que tres corazones exactamente dibujados rodean una pequeña abertura que tiene una reja destinada, según las apariencias, á dejar penetrar la vista en el interior de la tumba.

CORBONA ECCLESIE.—Véase el artículo *Clero*, I, 1.º

CORDERO.—Este símbolo se refiere ya á Jesucristo, ya á los cristianos.

I. El carácter esencial del Redentor era el de víctima; así no es de admirar que el cordero sea la figura más antigua con la que está indicado en los libros santos (*Gen.*, IV, 4.—*Exod.*, XII, 3, XXIX, 38). Los profetas del antiguo (*Is.*, XVI, 1.—*Jerem.*, LIII, 7), como los del nuevo (*I Petr.*, I, 19.—*Apoc.*, XIII, 8), y el Precursor mismo, le dan constantemente el título de Cordero; y esta figura está permitida en el lenguaje de los Padres, así como en el de la Iglesia (Justin. *Dial. cum Tryph.*, XI.—Tertul. *Adv. Jud.*, VIII.—Euseb. *Demonstr. evang.*, I, X, etc.). Era, pues, muy natural que la imagen del cordero fuese adoptada como adorno simbólico en los monumentos de todas clases de la primitiva Iglesia, tanto oriental como occidental (Christ. Lup. *Ad can.* 82, *concil.* VI). Tenía la ventaja de traer á la memoria de los fieles el recuerdo del divino Cordero sacrificado por su salvación, sin revelar á los ojos de los paganos los sagrados misterios, ni escandalizar la fe de los neófitos con imágenes directas de la Pasión del Hombre Dios. El cordero era el crucifijo de esos tiempos agitados por la persecución, y siguiendo, á través de los seis primeros siglos, las diversas representaciones que se han hecho, lo vemos sufrir transformaciones incesantes que, dándole atributos cada vez más concretos del Dios Salvador, nos llevan gradualmente á la realidad de esta angusta imagen (véase el artículo *Crucifijo*).

1.º La primera clase correspondería, según nosotros, á las imágenes del cordero que llevan los atributos del Buen Pastor, es decir, el vaso de leche pendiente de la extremidad del cayado (Aringhi, tav. I, pág. 537) (véase el artículo *Mulctra*). Se encuentra este tipo pintado en los más antiguos *cubacula* del cementerio de Domitila.



2.º Colocaríamos en segundo lugar aquellas que presentan el cordero sobre un montículo de donde salen cuatro arroyos, actitud con mucha frecuencia atribuida á Jesucristo en persona (véase el artículo *Ríos (Los cuatro)*). Esta manera de representar al Cordero de Dios nos parece pertenecer al siglo IV: se encuentra ya en algunos fondos dorados de copa (Buon. *Vetri.*, tav. VI, 1), y se ha conservado largo tiempo, porque los bajos relieves de sarcófagos, especies de monumentos relativamente modernos (Bottar., tav. XXI-XXII.—Millin. *Midi de la Fr.*, pl. LIX, 3), ofrecen numerosos ejemplos de ellos, llenos de detalles más significativos. Así, la figura grabada en el artículo *Ciervo*, y que está tomada de un sepulcro de Marsella (Millin, 26), agrega al asunto principal dos ciervos que acuden á apagar su sed á los sagrados manantiales (véanse los artículos *Ciervo* y *Bautismo*).

3.º El sarcófago de Junio Basso, monumento del siglo IV (Bosio, tav. III.—Aringhi, I, 227.—Bottar., XV), reproduce el tipo del cordero con las más variadas y singulares posiciones. El friso, que separa horizontalmente los dos órdenes de figuras, contiene corderos ejecutando varias escenas del Nuevo Testamento, por ejemplo, la resurrección de Lázaro, la multiplicación de los panes, el bautismo de Jesucristo por Juan Bautista, y también algunas del Antiguo, como son las representaciones de los actos de Nuestro Señor, Moisés rompiendo la roca ó recibiendo las tablas de la ley.

4.º El nimbo es un atributo reservado exclusivamente al Cordero de Dios; pero apenas se encuentra en los monumentos sino hasta la mitad del siglo V aunque haya ejemplos referentes á las imágenes propias de Nuestro Señor desde el III y IV. Lo que tenemos como más antiguo en este género, es el mosaico de San Juan de Letrán de 462, y después los de los Santos Cosme y Damián, de 530, y de San Vital de Rávena, de 547. Puede referirse casi á la misma época el diptico de la catedral

de Milán, que en el centro de una de sus tablas ofrece un cordero laureado. Después de esta época, el Cordero de Dios lleva el nimbo crucífero ó monogramático (véase el artículo *Nimbo*), carácter demasiado evidente ya del Dios crucificado.

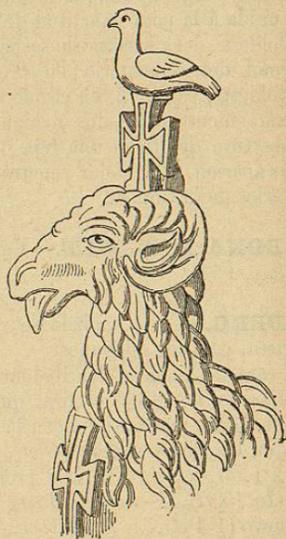
5.º Poseemos monumentos en número considerable, en los que el cordero aparece con circunstancias combinadas de tal modo, que expresa el dogma de la divinidad de Jesucristo contra el error de Arrio, y es posible que el tipo de estas representaciones pintadas ó esculpidas, fué inspirado por los decretos del primer Concilio de Nicea, que condenó esta herejía en 323. Consisten en representar á Nuestro Señor, sentado ó de pie, en actitud de enseñar, y el cordero á sus pies (Ciampini. *Vet. mon.*, t. II, tab. XLVII, 52. Pero sobre todo Bottar., *tav. XXVII, et passim*). En este enlace de la realidad y del símbolo, se encuentra la viva expresión de las dos naturalezas del Salvador: á un lado el Verbo divino, sabiduría increada, inmortal; á otro el cordero, víctima sacrificada por la salvación del género humano (S. Aug. *Adv. Maxim. collat.*, n. 14). Esta intención dogmática no está en ninguna parte tan revelada como en el bajo relieve del sarcófago de la basílica de San Ambrosio en Milán (*Allegranza, Sac. mon. di Mil.*, *tav. IV*).

6.º Pero como el objeto de la Iglesia, al adoptar este símbolo, fué, ante todo, presentar á la vista de los fieles el recuerdo de los dolores del Hombre Dios, los atributos que le plugo darle con preferencia, desde que le fué dejada la posibilidad, son los del Crucificado mismo. La primera de las diversas formas del signo de Cristo que encontramos sobre la cabeza del cordero (véanse los artículos *Cruz y Monograma de Cristo*), es la cruz monogramática (Bottar., *tav. XXI*), y los objetos en que parece deben estar, son de la segunda mitad del siglo IV, por lo menos, si se trata de Roma. Respecto á la cruz simple, no la encontramos en esta posición más que en el siglo V (véase la figura de arriba, n. 4).

Una lámpara antigua que ha ilustrado M. de Lastérie (*Mém. des antiquaires de France*, t. XII, pl. V), me-

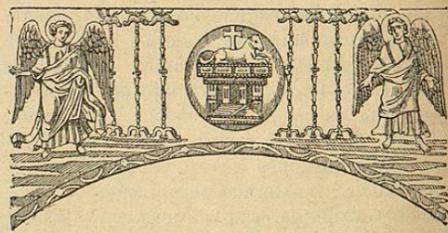


rece bajo este punto de vista una mención algo detallada. Esta lámpara tiene la forma de un cordero, lo que evidentemente alude al pasaje del Apocalipsis (XXI, 23) en que se dice que el cordero sustitúa en la ciudad celeste al sol y á la luna, *lucerna ejus est agnus*. Del pecho de este cordero corre una fuente continua de aceite que da á los hombres luz y santidad. Además, como por los méritos de su Pasión obra este prodigio, el cordero, en este curioso monumento, lleva una cruz en el pecho y otra sobre la cabeza, y esta última está coronada por una paloma, figura del Espíritu Santo, que viene á confirmar su divinidad, de donde toma el poder de satisfacer á la justicia divina.



Desde principios de ese mismo siglo, la figura del Cordero de Dios estaba ya empleada en el adorno de los vasos sagrados, como lo testifica la patena de plata de San Pedro Crisólogo (Paciaud. *De cult. S. Joann. Bapt.*, pág. 166).

En el siglo VI viene el cordero llevando una cruz con asta, ó un asta crucifera (Aringh, tomo II, pág. 25), y á veces reposando sobre un libro. Así es como se ve con frecuencia sobre la mano de San Juan Bautista (*Num. ar. explic.* página 68), que por esta causa fué en los bajos



tiempos llamado *agniferus*. Vemos que las transformaciones sucesivas del cordero, ó mejor

la significación cada vez más pronunciada de sus accesorios, nos acercan poco á poco al crucifijo. Desde este momento el cordero está acostado sobre un altar, al pie de una cruz gemada, *tanquam occisus* (Ciampini. *Vet. mon.*, tomo II, *tav. XV-XLVI*). Un poco más tarde, pero siempre dentro del siglo VI, el cordero tiene el costado abierto, y su sangre corre de esta herida, así como de las de los pies (J. Bosio. *De cruce triumph.*, l. VI, c. 12). En algunos mosaicos (Ciamp. *De sacr. ædific.*, *tav. XIII*), el cordero está de pie sobre un trono y al pie de una cruz gemada, y la sangre que se escapa de su costado cae dentro de un cáliz. Al pie del cáliz y de los del cordero, la sangre se divide en cinco arroyos que más abajo se reúnen en un solo río. ¡Vivo emblema del Salvador dando su sangre por sus cinco heridas sagradas! Por último, hacia fines del mismo siglo hubo cruces llevando un cordero, ordinariamente pintado en el sitio mismo donde muy pronto aparecería el Salvador en persona (Borgia. *De cruce. Velit.*, páginas 127, 136); y la aparición de este último tipo se confunde con la de los primeros crucifijos. Casi en esa época, en efecto, es cuando San Gregorio de Tours indica la presencia del más antiguo quizás que se ha conocido, y que en su tiempo estaba en gran veneración en la iglesia de Narbona (*Deglor. mart.*, l. I, c. 23).

Pero entonces, cuando la costumbre de representar en la cruz á Jesús en persona estaba universalmente admitida, figuraba también algunas veces el cordero á los pies de Cristo, y á menudo en el reverso de la cruz, cuando era portátil, como la cruz estacional de Velletri (Borgia, *ibid.*). Esta costumbre parece se mantuvo casi invariablemente hasta el siglo X, sobre todo en la Iglesia occidental.

A partir de esta época el Cordero de Dios entra en una fase gloriosa, y los atributos que recibe no revelan más que ideas de victoria y de triunfo. En ocasiones en vez de la cruz desnuda lleva un pequeño estandarte que se ha llamado después cruz de resurrección (véase Gori, *Thes. ditych.*, t. I, pág. 260); otras veces está rodeado de una zona de oro que confirma su poder y su justicia (l. XI, 5); ó ya, armado de una cruz, rechaza una serpiente que se dirige contra él, lo cual recuerda esta palabra del Apocalipsis (XVII, 14): *Hi cum Agno pugnabunt, et Agnus vincet illos*, «pelearán (los malvados) contra el Cordero, y el Cordero los vencerá»; ya lleva, en vez de la cruz, una lanza, que fué siempre el símbolo de la sabiduría, aun entre los paganos, que con ella armaron á Palas (Martian. *Capel. Sapient.*, VIII). Por último, hacia los siglos VIII y IX, la glorificación del Cordero se presenta con todas las magnificencias de las visiones del Apocalipsis (capítulos IV, V, VII), en los bellos mosaicos de los arcos triunfales de los Santos Cosme y Damián y de Santa Práxedes (Ciamp. *Vet.*

mon., t. II, tab. XV-XLVI). En el centro, el Cordero, acostado sobre un trono brillante de pedrerías, alrededor del cual están de pie cuatro ángeles y siete candelabros (véase el grabado del artículo *Angeles*). En los extremos, los cuatro animales evangélicos con sus libros. Más abajo los veinticuatro ancianos vestidos de blanco y teniendo cada uno en sus manos, cubiertas con sus capas, una corona.

II. *El cordero símbolo de los cristianos.*— Desde un principio, los cristianos fueron considerados colectivamente como Iglesia. En los vasos de tierra historiados (Buon. *Vetri.*, *tav. VI*), en las piedras sepulcrales (Marangoni, *Act. S. Vict.*, pág. 42), y con mayor frecuencia todavía en épocas posteriores y hasta en el siglo IX, en los mosaicos se ven corderos saliendo de dos ciudades y dirigiéndose hacia la montaña sagrada donde está colocado el Cordero de Dios (véase el artículo *Iglesia*). Estas dos ciudades no son otras que Jerusalén y Belén, siendo los corderos que salen de la primera los fieles venidos del judaísmo, y los que salen de Belén son los cristianos procedentes del paganismo, porque en Belén fué donde el Salvador recibió en la persona de los Magos las primicias de los gentiles (S. Aug.



Serm. de temp. Epiph.) Estas composiciones tenían por objeto mantener la unión y la caridad entre los fieles, recordándoles que, bajo la ley de gracia, no existen preferencias personales, y que todos los cristianos, cualquiera que sea, por otra parte, su origen, son hijos del mismo Padre (*Galat.*, III, 28). También debe verse un símbolo de la Iglesia en la mayor parte de las escenas pastoriles que con tanta frecuencia reproducen los monumentos antiguos, especialmente en el *tugurium*, representación abreviada de la vida pastoril (véase el artículo *Iglesia*).

No es menos cierto que el nombre de cordero se da á menudo por la Escritura y los Padres á los cristianos considerados individualmente, y que su imagen figura en sus tumbas como símbolo de la inocencia y de la sencillez que deben caracterizar al verdadero discípulo

de Cristo. Los monumentos revestidos de este carácter son de tal modo numerosos, que se hace supérfluo citarlos aquí. Diremos únicamente que este signo jeroglífico está empleado ya como una lección moral para los vivos, ya como una fórmula de elogio para los muertos. Así, para inculcar en los fieles la necesidad de la oración, se reproducían con frecuencia personajes en actitud de orar, y para dar á entender que la oración no es agradable á Dios sino cuando procede de un corazón sencillo y puro, se colocaba la *orante* entre dos corderos, símbolos de la inocencia (véase Bosio, pág. 445).

Pero que el signo del cordero sea también, y con mucha frecuencia, una fórmula de elogio para los muertos, es lo que no podría quedar en duda en presencia de una multitud de monumentos donde, al lado del emblema, se encuentra una fórmula escrita que es como la traducción literal de aquél, como, por, ejemplo el epíteto INNOCENS ó INNOCENTISSIMVS (Boldetti, página 365.—Mai. *Collect. Vat.*, pág. 401, n. 3). Además, en opinión de los primeros cristianos, la idea de pureza estaba tan unida á la imagen del cordero, que queriendo representar á Susana, que continuara pura bajo la impúdica mirada de los dos viejos, un artista no encontró nada más expresivo que pintar una oveja entre dos bestias feroces (véase Perret., vol. I, pl. LXXVIII, y nuestro artículo *Susana*).

Dos corderos puestos, con el monograma ó la cruz, ó bien un vaso lleno de frutos ó de espigas, denotaban ordinariamente, según la opinión de algunos anticuarios, la sepultura de dos esposos (Ciamp. *Vet. mon.*, t. II, tab. III.—Alleg. *Sacr. m. di Mil.*, tav. II). El cordero se encuentra algunas veces suprimido y reemplazado por su nombre, como ocurre á menudo con el símbolo del pez. El epitafio da entonces al difunto el dulce título de cordero, y si se trata de un niño ó de un adolescente, lo califica con el gracioso diminutivo de *corderillo*, *agnellus*, y aun el de corderillo de Dios (Perret, vol. VI, pág. 149). FLORENTIVS FELIX AGNELGLVS (sic) DEI. Todavía poseemos un *titulus* en el que un joven de quince años, además del calificativo de INNOX ANIMA, «alma inocente», recibe el título, por demás pomposo y siempre reservado en la Escritura al Cordero divino, de «cordero sin mancha», AGNVS SINE MACULA (Boldetti, pág. 408); lo que no puede decirse de un hombre en tanto que las manchas de su alma no hayan sido borradas por la penitencia. (Se encontrarán detalles más extensos en la materia en nuestro *Estudio arqueológico sobre el cordero y el Buen Pastor*. Mâcon, 1860. Véanse además los artículos *Oveja* y *Carnero* en este Diccionario).

COREPÍSCOPOS.—Como desde el siglo III las diócesis de los obispos empezaron á extenderse por los campos, se dieron éstas á especies de vicarios llamados á ejercer una

jurisdicción subordinada en los *pagi*; entre los Griegos recibieron el nombre de χωρηπίσκοποι, que quiere decir *obispos de villas*, ó el de περιόδοιτα, *curadores ó inspectores de iglesias* (*Conc. Laod.*, c. LVII): entre los Latinos fueron llamados *chorepiscopi*, que no es otra cosa que el vocablo griego latinizado.

Después de Constantino, el círculo del territorio de cada diócesis se ensanchó cada vez más, hasta el extremo de que veamos algunas veces varios corepiscopos por diócesis (*Basil. Epist.* cccc XVIII). Está probado que en Oriente, aunque no ejercieran más que una autoridad vicarial, administraban el sacramento de la confirmación, consagraban las iglesias, imponían el velo á las vírgenes, vigilaban la vida y las costumbres de los clérigos asignados á las iglesias que ellos presidían, á fin de informar al obispo acerca de su conducta con motivo de su ordenación (*idem*, *Epist.*, CLXXXI); en presencia del obispo, y por su mandato, ordenaban diáconos y aun sacerdotes (*Concil. Antioch.*, c. X); y en ausencia misma del obispo, conferían los órdenes menores (*ibid.* y *Conc. Ancyr.*, c. XIII); asistían á los concilios, sentándose entre los obispos y suscribiendo las actas (*In conc. Neoc. Nicæn.*, I. *Chalced.*, act. I.—San Athanas. *Apolog.* II). Es cierto que varios de los oficios que acabamos de enumerar parecen suponer el carácter episcopal. ¿Estaban revestidos de dicho carácter los corepiscopos? Cuestión es ésta que corresponde á los canonistas; en cuanto á nosotros, no hacemos más que consignar los hechos.

En Occidente no se encuentran vestigios de esta institución antes del siglo V. Además, como los obispos delegaron en los corepiscopos casi todos sus poderes (Isid. *Hisp. De offic. eccles.*, II, 6), éstos no tardaron en usurpar los privilegios y derechos que pertenecían en propiedad á sus jefes. De ahí las colisiones que obligaron, desde el siglo VII, á los concilios á limitar los derechos que se atribuían los corepiscopos (*Conc. Hispal.*, II, 7); y en el VIII el Papa San León II les prohibió consagrar los sacerdotes, las vírgenes, las iglesias y el crisma (*Resp. ad episc. Gall et Germ.*): los concilios de este siglo y del siguiente renovaron á su vez estas disposiciones. Por último, en el siglo IX se aminoró de tal modo su jurisdicción, que no les quedó más autoridad que sobre los clérigos menores, y el X vió desaparecer todos sus derechos, que fueron transferidos por los obispos, ya á los arciprestes, ya á los vicarios generales, de manera tal que poco á poco, y antes del final de ese siglo, la dignidad y el oficio de corepiscopo dejaron completamente de existir.

CORONA.—En el estilo de las santas Escrituras, en el de los escritores de los primeros siglos, así como en el lenguaje figurado de los monumentos primitivos, la corona es un

emblema de victoria y de recompensa. El punto de partida de esta doctrina es este pasaje del *Apocalipsis* (II, 10): *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vite*, «sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

1.º La corona designa con más frecuencia el martirio, en el lenguaje habitual de las actas y de los martirologios. Las actas de San Policarpo, monumento tan venerado de la antigüedad, dicen que fué coronado con la *corona incorruptible*; y las de San Ginés: *Martyrii coronam capitis obtruncatione promeruit*, «consiguió la corona del martirio por la decapitación». San Cipriano llama constantemente á los mártires *coronandos*, *corona próximos*, *coronatos*. San Gaudencio de Brescia (*Serm. in XL, mart.*) nos representa los cuarenta mártires contemplando durante su suplicio la *corona* que brillaba para ellos en el cielo, y agrega que uno de los mártires, falto de valor, *perdió la vida* (eterna) *y con ella la corona*. Corona y martirio eran sinónimos en la primitiva Iglesia: hasta tal punto que Prudencio, componiendo poemas sobre los mártires, los titula *περι στερησιων*, *De coronis*, y el Papa Honorio I da el nombre de los Cuatro Coronados á la iglesia que dedica á la gloria de cuatro mártires.

De ahí proviene que nuestros padres adornasen con coronas desde un principio la cruz, estandarte de la victoria del divino jefe de todos los mártires (Paulin. *ep. XII. Ad. Sever*):

Crucem corona lucido cingit globo,

y que, queriendo designar también simbólicamente el triunfo conseguido por los héroes cristianos, suspendían ó representaban simplemente, en sus tumbas, coronas de laurel, de palmas, de flores ó de metales preciosos.

Conviene decir, sin embargo, que esta costumbre no es enteramente primitiva en el cristianismo. No fué adoptada por nuestros padres sino cuando no pudo ser considerada como una imitación de las supersticiones idolátricas. Antes, por el contrario, los Padres, entre otros San Justino y Tertuliano, la rechazan como indigna de un cristiano; nos complace, sobre todo, citar este curioso pasaje del diálogo de Minucio Félix (pág. 347, edit. Ouzel. Lugd. Batav., 1672), en el que Octavio responde á Cecilio, que censuraba en los fieles esta abstención como un crimen: «Si no coronamos nuestra cabeza de flores, excusadnos, por que nuestro olfato no está en nuestros cabellos; no ponemos coronas á los muertos, y por esto nos admira la censura que nos hacéis. ¿De qué les servirían las flores, si carecen de sensibilidad, y si la tienen, por qué los entregáis á las llamas? Y por otra parte, que sean felices ó desgraciados, las flores son igualmente inútiles para ellos. Nuestros funerales se hacen con la misma sencillez que nos ha distinguido durante la vida. No coronamos á los muertos

con flores que bien pronto se marchitan, sino que esperamos de Dios mismo una corona incorruptible.» La sencillez de las tumbas cristianas de los primeros tiempos está enteramente en armonía con esta doctrina, que no debía modificarse sino por causa de la paz. Entonces sólo la piedad hacía los muertos, y sobre todo por los restos de los mártires debía tomar libre vuelo, y manifestarse por el empleo de las decoraciones triunfales que son el objeto de este artículo.

2.º Se ve algunas veces, particularmente en los antiguos mosaicos, una mano, que es el jeroglífico de Dios Padre (véase el artículo *Dios*), colocar ó tener suspendida una corona sobre la cabeza de un mártir, sobre la de Santa Eufenia, por ejemplo (Ciampini. *Vet. mon.* II,



tab. xxxv), ó sobre la de Santa Inés (*idem*, II, xxxix). Tal es también el fresco de San Ponciano (Bottari, tab. XLV) que respresenta á Dios coronando de flores á San Abdón y á San Senén (véase la figura del artículo *Abdón* y *Senén*): tales son también esos numerosos fondos de copa donde Nuestro Señor coloca con cada mano una corona sobre la cabeza de dos Santos, de San Pedro y de San Pablo, por ejemplo, de San Pablo y de San Timoteo (véase Buonarr., *passim*.—Garrucci. *Vetri con figure in oro*. tab. XXIII y *passim*). Algunas monedas bizantinas, por ejemplo, las de Arcadio, de Euxodia, de Pulqueria y de Elia Zenónide, tienen también una mano que lleva una corona encima del busto imperial.

¿Se debe reconocer un emblema análogo en una piedra sepulcral (Airinghi, II, 678) en la que un pez lleva en la boca una corona? ¿No es Jesucristo, el divino pez, quien presenta la corona al mártir sepultado debajo de esta piedra? M. Perret (III, pl. xxiv) publica, según d'Agincourt, un fresco que figura la co-